

de hierro, de la escultura romana: son de la primera todos los que se refieren á Trajano, arrancados, sin duda, á un monumento, que para este Emperador se habia construido, pues aparecen su propio retrato y la indicacion de los sucesos memorables de su vida: las dos columnas de las paredes del arco mayor son de la época media, tiempo de Gordiano: los pedestales de las columnas y los arcos pequeños son de la tercera época, esto es, de Constantino. La inscripcion que lo decora ofrece ya una novedad consoladora respecto de lo que hasta entónces habia sido y significado la epigrafia romana: el Senado y el pueblo romano dedican aquel arco triunfal á Constantino Máximo, *quod instinctu divinitatis, mentis magnitudine*, porque con la grandeza de su ánimo y con la inspiracion de la divinidad..... etcétera, ha vengado á la república. Al triste plural de los *dioses inmortales* ha sucedido, en buen hora, la inspiracion de *la Divinidad*: el triunfo del culto verdadero, monoteista, es proclamado juntamente con la gloria de Constantino; y ¡advírtase otra misteriosa coincidencia de la historia y de las artes! Para el arco triunfal de Constantino se aprovecha un arco triunfal de Trajano. Ni Constantino pudo escoger otro emperador más digno, con cuyos laureles juntar los suyos propios, ni Trajano pudo aspirar á mayor honra que la de ceder su propio arco á Constantino.

Siguiendo por la via Sacra, camino del Foro, se encuentra el arco de Tito: la sencilla y severa inscripcion que en su frente aparece:

SENATUS. POPULUSQUE. ROMANUS.
DIVO. TITO. DIVI. VESPASIANI. F.
VESPASIANO. AUGUSTO.,

bien revela que corresponde á una época de aticismo literario, como la obra toda declara un buen gusto artístico, que desde aquella fecha, cabalmente, comienza á declinar. El arco es triunfal y monumental: Tito, vencedor de los judíos, destinado por la Providencia para realizar una profecía, que de largo tiempo pesaba sobre la tenaz Jerusalem, entró en Roma trayendo millares de cautivos de la mísera raza de Jacob y las

alhajas del templo y el candelabro y el libro de la Ley. Aquel arco significa, pues, la gratitud del Senado y el pueblo romano por tan insigne victoria, y el recuerdo del suceso histórico más trascendental en la vida del pueblo hebreo. Todo esto se contiene y se puede aún observar en los bajo-relieves del arco de Tito, no tan maltratados, á pesar de los años y de los elementos y de los disturbios de la Edad Media, en que sirvió de fortificacion, que no ofrezcan como un libro interesantísimo la historia predicha y preescrita por Isaías. Aquel viejo melancólico, recostado y casi moribundo, es el Jordan, que simboliza un pueblo, que arrastra penosamente las cadenas de la esclavitud moral y la existencia del expatriado sin hogar y sin nacion. Aquella mesa áurea con vasos sagrados, aquellas trompetas del jubileo, el candelabro de los siete brazos, todo formó un día las delicias y el esplendor del culto antiguo, abrogado por la ley nueva. Los judíos no comprendieron el espíritu de aquel libro, de que son providenciales guardadores, y los soldados romanos tuvieron la mision, tambien providencial, de castigar á la Jerusalem deicida y de reducir á escombros el templo; cuya mision y cuyo destino habian ya terminado. ¡Qué grandes enseñanzas ofrece la historia del pueblo hebreo! Sirvió cautivo en Egipto, trabajando en las pirámides; sirvió cautivo en Babilonia, levantando torres y palacios; sirvió cautivo en Roma, construyendo el Coliseo y el arco de Tito; sirve cautivo en todo el mundo, acumulando riquezas, sin poder comprar con todas ellas un átomo de libertad ni un palmo de aquella tierra bendita de Abraham, de Isaac y de Jacob.

En lo más alto de la via Sacra, *in summa Sacra via*, entre el arco de Tito y el Coliseo, estuvo el famoso templo de Vénus y Roma, de que fué arquitecto el Emperador Adriano. Los historiadores cuentan que, habiendo criticado la obra y señalándole ciertos defectos el insigne artista griego Apolodoro, cuyo genio brillaba ya en las construcciones del Foro de Trajano, pagó con la vida su delito de lesa vanidad imperial. El templo de Vénus y Roma, erigido en el espacio mismo que sirviera de atrio á la Casa Aurea de Neron, donde estaba el coloso que Adriano hizo poner delante del Anfiteatro, fué uno de los más

insignes monumentos de mármol de la Roma imperial: sobre sus ruinas se alzaron en los primeros siglos dos iglesias, que á su vez han desaparecido, para dar lugar á la de Santa Francisca Romana, insigne por las memorias religiosas que encierra, por los objetos de arte que la adornan y por el sepulcro que guarda del Papa Gregorio XI, que reportó la Santa Sede de Avignon á Roma.

Partiendo del arco de Tito, sin abandonar la via Sacra ni alejarnos de los ámbitos, en que estuvo el templo edificado por Adriano, fijemos la mirada en los magníficos avances, en las gigantescas naves medio derrumbadas de un edificio, á que han dado muchos nombres los arqueólogos, pero que ya puede decirse goza el nombre oficial de Basílica de Constantino. No hay duda en que aquella fábrica estupenda formó parte en su tiempo de la casa de Neron: por espacio de cuatro siglos aquellas han sido las ruinas del templo de la Paz, del templo magnífico, erigido por Vespasiano, en donde fueron depositadas, con los objetos preciosos y los vasos de oro del templo de Jerusalem, otras joyas artísticas, como la estatua en basalto del Nilo con diez y seis hijuelos, de que habla Plinio; el Ganimedes, de que hace mencion Juvenal; la Scilla de Nicomacos; el héroe de Parrasio, y otras muchas obras de incalculable valor. Pero los más recientes descubrimientos y el estudio detenido de los antiguos escritores se conforman admirablemente para decidir que el templo de la Paz, con su vestíbulo y su biblioteca famosa y con su foro, estuvo, en efecto, cerca del Foro Romano, pero no en el lugar que luégo ocupó la Basílica de Constantino.

Eran las Basílicas romanas grandes pórticos, á imitacion del *Régio* de Atenas (el nombre griego lo declara), unidos á los foros; edificios cuadrilongos, divididos en tres ó cinco naves por columnas ó pilares, descubiertos en un principio, cubiertos luégo y revestidos de mármoles: en las Basílicas se tenían los juicios y se administraba la justicia: llegaron, pues, á ser lugares importantísimos en la vida pública de los romanos. La primera que se construyó fué la llamada Porcia, en el Palatino, año 569 de la fundacion de Roma; siguieron en el ór-

den del tiempo las Basílicas Fulvia, Sempronia, la de Sicinino, la Emilia, la Julia y la Ulpia: cierra, pues, el catálogo la de Constantino, la más grande de todas: 320 piés medía de longitud por 240 de anchura: dividiase en tres naves, unidas por enormes arcuaciones, de que todavía podemos formar idea por los restos: la magnífica columna, que delante de Santa María la Mayor sostiene la estatua de la Virgen, perteneció á la Basílica de Constantino; por ella podemos formar idea de la grandiosidad del edificio, cuyos muros y cuyo pavimento ofrecian una admirable variedad de mármoles y de ricos adornos. La Basílica *Profana* de Constantino, en la via Sacra, con ser tan grandiosa, duró poco: sus Basílicas cristianas en el Vaticano y en el Celio y en la via Ostiense y en la Nomentana, han atravesado los siglos y tienen asegurada la perpetuidad. Los monumentos grandiosos, el alcázar gigantesco del Palatino, desaparecieron: de la casa de los Césares sólo ha sobrevivido á los Césares y á la casa el culto del mártir Sebastian. A las faldas de la colina se levantan dos templos cristianos: uno al Occidente, en honor de Santa Anastasia la Mártir; otro mirando al Foro, junto al lago de Yuturna, con la advocacion de Santa María Liberatriz.

Prosiguiendo el camino de ruinas emprendido, atravesando por el que fué palacio de los Césares, sin perder nunca de vista las bóvedas arruinadas de la casa de Neron y de la Basílica de Constantino, se llega á la iglesia de San Cosme y San Damian, á que sirve de vestíbulo el antiguo templo de Remo, y á la de San Lorenzo *in Miranda*, que fué templo dedicado al emperador Antonino y á su mujer Faustina, como se lee en la inscripcion, que domina el soberbio pórtico de columnas de mármol *cipollino*, los mayores monolitos, que de la Roma antigua se conservan: cruzando, por último, el espacio donde estuvieron el Foro de César y el de Augusto, se toma el *Clivus Sacer* y se llega á otra altura importantísima en la historia de todos los siglos de Roma; se llega al Capitolio.